

## MISA DE MEDIANOCHE

### *Un pueblo en tinieblas, una luz en pañales*

*“El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierra de sombras y una luz les brilló”.*

El profeta nos toma de la mano para que entremos en el misterio de esta noche nuestra que, por ser la del nacimiento de Cristo Jesús, es llamada con verdad la “noche-buena”.

Versículo a versículo, la profecía va componiendo en cada uno de nosotros, en la comunidad eclesial, en todas las criaturas de la tierra, un cántico nuevo al Señor nuestro Dios, va pronunciando una bendición para su nombre, va haciendo la narración de sus maravillas, una confesión asombrada y gozosa de lo que la fe celebra en esta noche. Y todo nuestro ser lo canta: *“Hoy nos ha nacido un salvador, el Mesías, el Señor”.*

Tinieblas, sombras, noche, representan la ausencia penosa y oscura de lo necesario para que la vida sea digna.

¿Qué es lo que necesitamos en nuestra noche? No es riqueza, que se nutre de pobres. No es poder, que se levanta sobre humillados. No es la salud ni el bienestar, bienes deseables, pero frágiles, inconsistentes, de paso efímero como el humo.

Lo necesario para que la vida humana sea digna es cuanto la fe atribuye al ser de Dios: bondad, justicia, misericordia, solidaridad, generosidad, paz, amor...

Las tinieblas en que caminamos, esas sombras en las que habitamos, esa noche en la que nos movemos, representan nuestra indigencia de bondad, de justicia, de amor y de paz, nuestra pobreza de Dios, nuestra necesidad de la Navidad.

Indigentes de Dios eran aquellos hombres y mujeres a quienes interpelaron en su día las palabras del profeta. Indigentes de Dios somos ahora nosotros, los reunidos para la eucaristía de esta noche santa. Indigentes de Dios –de justicia, de bondad, de solidaridad, de ternura infinita-, son los pobres en los que Dios mismo se nos ha hecho indigente.

En esta noche, en nuestra noche, *“nos ha nacido un salvador, el Mesías, el Señor”.*

Hoy, en la noche de todos los indigentes, *“una luz les brilló”*; hoy ha nacido Jesús de María: *“Allí –en Belén- le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre”.*

Así, envuelta en pañales y acostada en un pesebre hallarás en tu noche a la Luz que te viene de Dios. Así, envuelta en pañales y acostada en un pesebre, llega a tu vida la justicia, la alegría, la abundancia, la paz. Así, en un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre, viene a nosotros aquel cuyo nombre es *“Maravilla de Consejero, Dios guerrero, Padre perpetuo, Príncipe de la paz”.* Así, bajo la humilde apariencia de un pan, sobre limpios corporales, en la mesa de tu eucaristía, brilla hoy para ti la luz de tu Dios.

Si has encontrado tu Luz, si la has recibido, si te has dejado abrazar abrazándola, el corazón encontrará las palabras de tu cántico nuevo, y con todo tu ser bendecirás al que, en este Niño de María, en esta Luz, te ha bendecido con todo su bien, con todas las bendiciones del cielo.

## MISA DE LA AURORA

### *“Mira a tu Salvador que llega”*

Nombres y verbos para Dios y para ti, ése es el regalo que deja en el árbol de tu vida el misterio de la Navidad que estamos celebrando.

Fíjate en nombres y verbos: *“Alégrate, hija de Sión; canta, hija de Jerusalén; mira a tu rey que viene, el Santo, el Salvador del mundo”*.

Son nombres y verbos que Dios te da: *“Los llamarán «Pueblo santo», «Redimidos del Señor», y a ti te llamarán «Buscada», «Ciudad no abandonada»”*.

Esos nombres y esos verbos no son regalo que desenvolvemos y olvidamos, sino que lo guardamos en el corazón y disfrutamos con él.

Guarda allí la memoria de lo que hoy has visto y oído, la memoria de ese niño que has encontrado acostado en el pesebre, ese hijo que ha nacido para ti: *“Ha aparecido la bondad de Dios”*, has encontrado su amor el hombre, ha venido a ti su misericordia.

Éste es un día de revelación asombrosa de la gracia del Señor tu Dios: es él quien anuncia la salvación que esperas; es él quien te da nombres que tú ni siquiera podrías sospechar: *“Pueblo santo”, “Redimidos del Señor”*; es él quien te busca, porque te ama; es él quien jamás te ha abandonado aunque tú la hayas olvidado.

Amanece el día de Navidad: *“Amanece la luz para el justo y la alegría para los rectos del corazón”*; amanece la buena noticia para los pobres, la gracia para los pecadores, la paz para los hombres que ama el Señor.

Alégrate siempre, canta sin desfallecer. Mira a tu rey, mira a tu Dios, mira a tu salvador: mira y alégrate, mira y canta.

Y que a tu alegría y a tu canto lleguen un día a unirse todos los pobres de la tierra, pues para ti –Iglesia de pobres-, para ellos –pobres llamados a ser Iglesia-, nació el Señor tu Dios.

Todos lo conocerán si conocen tu alegría y tu canto: todos lo conocerán si conocen tu fe, tu esperanza, tu amor.

Todos lo conocerán si parte con ellos el pan de tu mesa, el pan de tu vida, el pan que Dios quiso ser para ti.

Todos lo conocerán si en ti, ven a su salvador que llega.

Todos lo conocerán, y también ellos se alegrarán y cantarán y llevarán a otros pobres la noticia del amor que los ha salvado.

## MISA DEL DÍA

### *Navidad, eucaristía, pobres: en todo te visita tu Dios*

Los textos para la Misa del día de Navidad nos ayudan a entrar en el misterio de ese niño que nos ha nacido.

Lo que has visto en la noche, te dejó en el corazón la memoria de un niño, un recién nacido, envuelto en pañales y acostado en un pesebre: te atrajo su pequeñez, te asombró su fragilidad, te enamoraste de su pobreza, reconociste su humanidad.

Ahora, la palabra te toma de la mano y te lleva a la contemplación de lo que no se ve.

El niño que has visto, anuncia la paz por la que claman los amados de Dios, trae la buena noticia que necesitan los pobres.

El niño que has visto, es consuelo de Dios para su pueblo, es rescate de Dios por nuestra vida.

En ese niño, envuelto en pañales y acostado en un pesebre, “los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios”, en ese niño han visto a Dios cara a cara,

En la noche se te ha anunciado el parto de la Virgen María, te has asombrado por la humildad del nacimiento de Jesús, has visto cosas que guardarás como un tesoro en tu corazón.

Ahora se te revela el misterio de un Hijo que es “*reflejo de la gloria de Dios e impronta de su ser*”, un Hijo que “*sostiene el universo con su palabra poderosa*”, un Hijo por el que Dios nos ha hablado en esta etapa final de la revelación.

Aquel niño, ese Hijo, es la Palabra que estaba junto a Dios, es la Palabra que todo lo ha creado, es la luz verdadera que alumbra a todo hombre.

Aquel niño, ese Hijo, es la Palabra hecha carne, que “*acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad*”.

El misterio de la Navidad lo revivimos en el misterio de la eucaristía, en el que la Iglesia aprende la humildad sublime de lo que vemos, y confiesa la grandeza humilde de lo que no se ve.

Vemos un pan, un humilde pan, un sencillo y pobre pan, que se reparte entre todos porque, siendo muchos, somos uno, porque, siendo diferentes, somos hermanos, porque sencillamente nos amamos.

Vemos un pan y confesamos la grandeza de lo que celebramos: Dios-contigo, Dios-con-nosotros, como una eterna Navidad; la Luz, la Palabra, el Hijo de Dios acampando en nuestro corazón, entrando en nuestra vida, iluminando nuestra noche.

Pero es aún más asombros el misterio de Navidad que revives en tu encuentro con los pobres.

En ellos, en su hambre y en su sed, en su desnudez y en su soledad, encuentro a mi Dios más humilde si cabe que en el pan de la eucaristía: Dios indigente, Dios necesitado de mí, Dios saliendo a mi encuentro para hacerme rico son su pobreza. Sólo veré pobres: pero en ellos me visitará el Señor del cielo y de la tierra.

Navidad, eucaristía, pobres: en todo te visita tu Dios.